



La ausencia necesaria

Meana, J.C. (2015) *La ausencia necesaria*, Granada, Ediciones Dauro, 100 p.

Esta obra se desarrolla a partir del análisis de la experiencia de caminar llevada a cabo por el autor en el espacio geográfico de Bulgaria. A medio camino entre el libro de viaje, el ensayo y la autobiografía, está escrito en un lenguaje fluido, poético y placentero de leer. El desarrollo del escrito se complementa con citas de autores (Antoni Marí, P. Handke, M. Blanchot, H. Mújica, A. Valente,..), que además de servir de apoyo en la argumentación, son un referente, para el autor y los lectores, de experiencias estéticas y de pensamiento. Está compuesto por diez capítulos en un total de cien páginas, acompañado de imágenes que ambientan el recorrido del viajero y el viaje del lector.

El libro indaga en la experiencia estética sobre los estados de ausencia que se reconocen como un estado necesario dentro del proceso para la creación artística. El autor es artista plástico y ejerce de profesor de Bellas Artes en la Universidad de Vigo. Podemos decir que para comprender lo que son estos estados de ausencia sobre los que el autor insiste, hemos de entender *estado* como proceso, en el que se destaca una determinada situación, y *ausencia*, como una desaparición o, más bien, la aparición de un vacío que resulta ser productivo para la creación artística.

No abundan los artistas plásticos que desarrollan su pensamiento y sensibilidad también desde y con la palabra. Este es un caso en el que el autor, preguntándose por la imagen artística, su origen y sobre su proceso de elaboración, llega a plasmar una autoindagación sobre el proceso creativo empleado en su quehacer artístico y lo relata mediante la palabra. Es un libro que con rigor y profundidad, nos acerca a determinados momentos y matices del proceso creativo desde la experiencia del autor.

Se ha utilizado el acto de caminar y la deriva por un territorio desconocido como procedimiento para una pérdida de control de la voluntad, dejando así que haga aparición un estado diferente que ubique la percepción en otro orden. Todo ello en clara relación con el concepto de *flâneur* o la *deriva* situacionista. La percepción en el acto de caminar implica no solo los sentidos, sino todo el cuerpo. El cuerpo en movimiento, el desplazamiento, supone una experiencia donde se confronta la memoria y registros del pasado junto a la percepción del presente que se está viviendo al caminar. Desde el punto de vista del autor caminar supone un equilibrio frente al inmenso protagonismo que la mirada tiene en nuestro tiempo. Podemos decir que activa el cuerpo para una participación que posibilita una experimentación plena. El caminar entendido como un procedimiento, supone una percepción de la duración del tiempo y del espacio que puede ser utilizado como experiencia estética frente a la rapidez e inmediatez de lo tecnológico.

El autor utiliza el caminar para situarnos frente a una actitud que ha de comulgar de lo mínimo, de lo sencillo, del despojo, de lo elemental y necesario. Es el cuerpo la medida del espacio y el tiempo. Cualquier impresión de duración se desvanece sumergiéndose al caminante en un tiempo lento que es el de la medida vital que el propio cuerpo impone. Lo mismo ocurre con el espacio, es el paso la medida de todas las cosas, siendo el cuerpo el instrumento que ha de dominar y cubrir el espacio. Entendiendo el caminar como una forma de resistencia, un método de inmersión, de dejarse penetrar por las cosas más sencillas y por la naturaleza que nos hace contactar con aquellas sensaciones más pegadas al territorio y lo mundano. Todo ello encaminado a contactar con un universo inaccesible a las formas de conocimiento más actuales que buscan la inmediatez y la rentabilidad, presentando un modo de percepción diferente al predominante y activando todos los sentidos.

En *La ausencia necesaria*, Meana no describe el mundo como realidad estética o como conjunto de objetos y acontecimientos estéticos. La posición que toma es desde el sujeto que percibe y que trabaja con esa percepción como hábito para lo cual ha de desentrañar y profundizar en su propio estado provocando una especial sensibilidad. Es decir, en el libro no se habla desde la aparición del objeto estético, sino desde la percepción estética del sujeto, o más bien, desde la predisposición para la percepción estética, sea la del creador o la del espectador. No interesa el qué sino el cómo. Así, en los cuatro primeros capítulos, el autor introduce la situación de partida antes del viaje, dando algunas claves de los colapsos a los que se llega en nuestra sociedad hipertrofiada de procesos tecnocráticos y sobre la necesidad imperiosa de huir, de pretender que el viaje sea una vivencia cercana con lo real. Especial atención merece el lenguaje, que se trata en el capítulo quinto, y que le sirve al autor para sentirse extraño, extranjero en otro lugar, para experimentar desde la palabra el otro de nosotros mismos. Los capítulos sexto y noveno se centran, respectivamente, en la imagen fotográfica y las pinturas de frescos de los monasterios del país balcánico. En ambos el autor va desarrollando un pensamiento sensible a medida que la mirada recorre las imágenes. Es ahí donde queda más patente el interés del autor por el pensamiento visual con las imágenes. En el séptimo se habla del deleite con la música y el folclore balcánicos; y el octavo está dedicado a reflexionar sobre el acto mismo de caminar. Para finalizar, en el capítulo décimo, con el título de la experiencia necesaria, el autor deja patente la necesidad de llegar a esos estados de ausencia para suscitar una renovación del deseo básico.

La lectura de este libro nos invita a dejarnos llevar por la experiencia de la percepción estética, tomando conciencia de lo que allí sucede, un detenerse para entrar en la espera pero con los sentidos bien abiertos. Su lectura, recomendable para los interesados en la creación y reflexión artística, también es sugerente para cualquier persona que quiera acercarse a la sensibilidad estética.

María Pérez-Fabello